

LA SOMBRA EN EL MAR

Alvaro Medina García

Nació marcado por la tierra. Justo en el momento que su cabeza se abría paso desde el vientre a la luz, la tierra se movía, como nunca lo había hecho. Tuvo suerte, nació lejos de un techo, cerca de un río. Nada quedó en pie, aquel año 39.

Durante años, Germán vivió en Santiago, donde se había ido de pequeño, él y su familia, después del gran terremoto. No había vuelto a viajar fuera de la capital, hasta que su primo Juan lo invitó a pasar el feriado a su casa en el sur. Hacía años que no se veían, así que un buen día de mayo, cayó por el campo, bajo el oscuro cielo valdiviano. Sus tíos lo recibieron con el acostumbrado almuerzo, abundante en grasas y papas. Mataron varios corderos para celebrar al recién llegado. Después de todo, Germán era el orgullo de la familia, iba a ser abogado, como lo quería su padre.

Pero Germán tenía otros planes. En esos días, empezaba a sentirse inquieto, asfixiado. Soñaba con viajar por el mundo. Sentía que necesitaba moverse, no podía estar en un lugar mucho tiempo. Quizás fuera por su origen agitado, o porque su carrera no le agradaba. Pensaba quizás entrar a la Armada, tenía un tío oficial... Pero su padre no lo permitiría. Así que este pequeño escape era un sueño para él.

Después del almuerzo fueron a los fuertes, unas antiguas edificaciones de piedra dejadas por los españoles, en un último intento de mantener sus posesiones de la entonces Capitanía General. En Niebla hablaron de su pasado, de qué habían hecho el tiempo que no se habían visto, lo típico. De pasada, aterrizaron en un local de mala muerte, y empinaron unos pipeños. Ya en Corral, estaban rojitos y se confesaban sus sueños para el presente y futuro, y lo mucho que se apreciaban... Todo normal, hasta ese momento.

Aunque recién eran las tres de la tarde, el cielo estaba oscureciendo. Estaban en el fuerte en ruinas cuando decidieron volver. Apuraron el paso y desandaron camino entre los muros de roca, roídos por el musgo. Doblaron una esquina, pero se encontraron con un patio de cañones mirando al mar. El primo Juan tuvo que confesar que se había perdido. Quedaban unos pocos turistas, que caminaban de regreso al muelle.

—Ese es de acá— dijo el primo Juan, indicando a un hombre bajo de gruesa contextura, pelo tieso y moreno.

El lugareño bajaba por unas escaleras de piedra. Cerca de él, un gringo de cara rosada avanzaba titubeante hacia un tunel al costado de la escalera, mirando a todos lados. Juan lo

llamó y le indicó que no era por ahí. El sajón murmuró unas palabras en spanglish y los siguió a distancia.

Germán y Juan bajaron la escalera y siguieron al lugareño por un gigantesco patio cubierto de hierba, flanqueado en los cuatro lados por inmensas paredes de roca. El hombre seguía su camino hacia una gran puerta abovedada con reja, que daba a otro patio. Los dos primos lo siguieron, hablando de la oscuridad y que la lancha se iría sin ellos, esperando que el lugareño los condujera hacia la salida. El gringo venía más atrás, mirando a todos lados. Cruzaron el segundo patio y bajaron por otra escalera, que daba a una reja más pequeña en uno de los muros.

Al salir, se encontraron en una estrecha faja de arena. No había nada, ni nadie, solo un bote de madera revolcándose en putrefacción y óxido. La pequeña playa comenzaba y acababa en los vértices del muro exterior del fuerte, y las rocas tapaban toda visión hacia los costados. Solo estaba el mar, el fuerte y ellos. El gringo se asomó por la puerta, echó un vistazo, y dió la vuelta.

El sol parecía un ojo entre las nubes, cada vez más oscuras y bajas. El viento salado pegaba dolorosamente en la cara de Germán y Juan, y una mortecina luz naranja formaba extrañas sombras en las paredes de roca. Apenas podían distinguir sus rasgos. Tiraron unas maldiciones al viento y se devolvieron, después de vacilar un poco, fascinados por el paisaje.

Cruzaban por el gran patio. Una silueta se adivinaba a lo lejos, cerca del muro contrario. Juan lo llamó, indicándole que la salida no era por ahí. Le respondieron las olas. La figura se acercaba. Juan lo inquirió de nuevo, sin éxito. Germán creyó ver unas sombras moviéndose alrededor de la figura, pero lo atribuyó a su estado de intemperancia y a la poca luz, que a esas horas genera ilusiones ópticas, esta vez con visos atemorizantes.

La figura pasó a su lado, sin tocarlos ni mirarlos. German sintió que el estómago se le contraía, y el vello de los brazos y la nuca se levantaba. Se dio vuelta a mirar a la figura, que siguió andando hacia la escalera tras ellos. Creyó ver luces titilantes en la figura, revoloteando alrededor de esta, como una segunda silueta más brillante. Y de pronto, en un pestañeo, la figura ya no estaba. Germán se dio vuelta, apuró el paso, y se dijo a sí mismo que estaba a contraluz y había visto mal. Echó a correr, pero entre la baja luz y los pipeños, se tropezó con un adoquín sobresaliente, y aterrizó con las manos en el suelo.

Fue entonces que sintió el movimiento. La roca del pavimento palpitaba. Sentía cómo, ligeramente, subía y bajaba, como si estuviera en un colchón. Llamó a Juan y le preguntó si lo notaba.

—Estai muy curao, voh. Anda que la lancha se va a ir — le respondió su primo.

De pronto, se escuchó un ruido ronco, gutural, y el suelo se movió visiblemente, subiendo y bajando violentamente. Las rocas del pavimento se pusieron a saltar como cabritas de maíz. Las paredes de la edificación tricentenaria se quebraron, y Juan cayó también al suelo. Arrastrándose en el suelo ondulante, logró salir por la puerta, justo antes que esta cayera, gritando el nombre de su primo.

Germán, rodeado de montones de roca que segundos antes fueron ciclópeos muros, se arrastra, trata de levantarse, tropieza. No puede. El vaivén de la tierra no lo deja ponerse en pie. No sabe cuanto ha durado el sismo; no recuerda si empezó hace unos segundos, unos minutos, o toda su vida. Mira hacia la puerta de salida, que está destruida, bloqueada por toneladas de piedra. Con esfuerzo logra incorporarse un poco con las manos en el suelo, y tambaleándose llega a la pequeña puerta que da a la playa.

Ya no es la misma playa. Ahora hay una larga y estrecha faja de arena, que continúa, interminable, a lado y lado. El mar está negro, rizado, y en el cielo las nubes se mueven y revuelcan en remolinos. Relámpagos y rayos cruzan todo el horizonte incesantemente, como una cascada de luces.

Al centro de la playa, la figura vestida de negro está increíblemente de pie mirando al poniente, con los brazos alzados, su negra túnica ondeando al viento, mientras centenares de aves marinas escapan hacia tierra. El hechicero vocifera, repitiendo un cántico desconocido y monótono, casi inaudible por el estruendo de las olas, el terremoto y los relámpagos.

Abrazado a la arena, Germán ve cómo el agua del mar se retira lenta pero inexorablemente hacia el horizonte. Pero ya no está más en la playa. Está en su casa del campo, en San Carlos. Su madre está tendida en el suelo, a la orilla del río. Se ve nacer a sí mismo, mientras a unos metros la casa se derrumba. Pero ya no está en el campo, a la orilla del río. Está en el vagón de un tren, con asientos de plástico anaranjado, en un túnel. El tren se bambolea violentamente. De pronto se corta la luz y todo es oscuridad y gritos. El tren frena bruscamente y una multitud de pasajeros aterrados cae sobre él, aplastándolo. No puede respirar. Pero ya no está en el tren; está en la entrada de una casa, marcando números en el teclado de un aparato que no reconoce. Por la puerta abierta ve la luna llena en el cielo, iluminando el mar, que sube y sube por la colina hacia la construcción de madera. Escucha gritos de horror afuera. Sale de la casa, corre, pero es muy tarde. El agua lo alcanza y se ve a sí mismo morir, entre escombros de casas y automóviles.

Algo se mueve detrás suyo y lo distrae, cortando la aterradora visión, y vuelve a encontrarse en la playa valdiviana. Una figura bajita camina rápidamente y clava un puñal de un material azul en la espalda del vociferante hechicero, que interrumpe su invocación ritual bruscamente. Se da vuelta y toma del cuello al hombrecillo, al que Germán ahora reconoce como el lugareño al que seguían con su primo. Con la otra mano, la oscura figura toma la cabeza del lugareño y la gira con tanta fuerza que se la arranca del cuello y la arroja al suelo. La cabeza del malogrado hombre rueda de un lado a otro hasta unos metros de Germán, que está sobrepasado por el horror, aún abrazado a la arena.

Pero ya es muy tarde para el hechicero. Su túnica empieza a caer, como desinflándose. Un reguero de arena sale del agujero por donde entró el puñal de piedra azul. La túnica se ladea y cae al suelo, desvanecida. De a poco, cesa el movimiento de tierra. Cada vez menos. Solo un murmullo.

Silencio.

Ya no hay mar hacia el poniente, solo la arena de la playa, y el lecho marino sin agua. Mientras se incorpora, Germán ve restos de navíos antiguos, corroídos, en ruinas, que el mar antes cubría. Centenares de peces se revuelcan, hasta que pasado unos segundos, quedan inmóviles. Al fondo, hacia el horizonte, la oscuridad total.

Un relámpago ilumina en silencio el cielo y revela una forma oscura, gigantesca, imposible, contra el horizonte en tinieblas. Otro relámpago. Germán no logra distinguir nada más que su silueta, un ser vagamente antropomorfo, más grande que cualquier edificio, que cualquier cerro y montaña que haya visto. Con cada relámpago, observa en pánico cómo el monstruoso ser camina sobre el descubierto lecho marino, acercándose a la playa con cada imposible zancada.

Una línea plateada ha aparecido en el horizonte, detrás del coloso andante. La línea plateada crece, se hace más alta, más gruesa. Alcanza al ser gigantesco, que continúa avanzando, caminando con esfuerzo, hasta que el agua lo rodea completamente y comienza a hundirse. En ese momento, Germán siente una mirada sobre él, una mirada inmensa, antigua, profunda, hipnótica. Una mirada sin ojos. Y sin un ruido, el ser monstruoso se hunde completamente, desapareciendo en la oscuridad del mar.

La línea plateada es ahora un muro de agua, iluminado por la luz del sol, que ha vuelto a brillar tímidamente en el horizonte. La masa de agua y arena se acerca con un ensordecedor estruendo, galopando nuevamente hacia la playa. Germán logra salir de su aterrorizado estupor y, como puede, corre por el fuerte destruido, hacia la tierra alta.